

murmuró la víctima con sus labios, cárdenos ya por la muerte. Y cuando se disiparon las tinieblas y el cielo apareció de nuevo, el sol iluminó al Dios inmortal, muerto por el pecado, y á la humanidad proscripta, pero redimida de la muerte.

CONFERENCIA XXI

LA FUENTE DE TODO PECADO

1. **La verdadera filosofía de la historia ha de tener igualmente en cuenta la libertad humana y el poder divino, lo natural y lo sobrenatural.**—Entre los más difíciles estudios, á que puede entregarse el espíritu humano, debe contarse la filosofía de la historia, ó, como hoy dicen, la moral de la historia ó la psicología de los pueblos, expresiones evidentemente impropias. Presentar el desenvolvimiento de la humanidad en conjunto, y á la vez todos los adelantos y retrocesos importantes de las diversas partes que la constituyen, de tal modo que se de á cada acontecimiento el puesto y la categoría que les corresponden, y apareciendo, sin violentarlos, como elementos de un todo orgánico; tener debidamente en cuenta los accidentes externos, explicándolos con claridad por las internas causas que los producen, así como sus fines últimos, realizados ó no; todo eso, exige un gran amor á la verdad, fidelidad á prueba de pasiones, entendimiento perspicaz, juicio imparcial, inteligencia adiestrada en historia y en filosofía, y por fin, un corazón capaz de conceder entusiasta admiración á los grandes hechos, sin regatear por esto su afecto á los de menor importancia.

No es para maravillar que hayan sido tan pocos los que lograron tratar satisfactoriamente una materia tan vasta como difícil. En rigor, sólo puede adjudicarse esa gloria á tres eximios pensadores: San Agustín, Dante y Bossuet. Verdad es que muchos hombres distinguidos siguieron con laudable seriedad la ruta indicada por esas tres persona-

lidades insignes; pero no alcanzaron los resultados apetecidos, ya por haber tratado arbitrariamente los hechos, ó por cercenar la libertad humana ante la omnipotencia divina. Otros, por el contrario, interpretando por modo aún más violento la realidad, prescindieron de la intervención providencial, y convirtieron la historia en arena del arbitrio humano, ó en campo donde funcionan con irresistible acción las fuerzas de la naturaleza. Los principales representantes de esa mal llamada filosofía de la historia son Voltaire, Montesquieu, Herder, Schelling y Hegel.

Únicamente puede responder á la cuestión planteada quien tenga en cuenta la libertad humana y el poder divino, quien no sacrifique lo terreno á lo invisible, ni por lo natural eche en olvido lo sobrenatural.

Para el que, á manera de vividor irreflexivo, tome las cosas tales como son; para quien, como Hegel dice que ha de ser lo que debe ser, ó presume, como Montesquieu, poder explicar la historia de la humanidad por la geografía y el clima; ó, como Büchner, Vogt y Moleschott, por los alimentos y el modo de vivir; para esos, las palabras filosofía de la historia no pueden tener sentido alguno. Mezquinos resultados alcanzará quien no vea en los acontecimientos otra cosa que el producto de la malicia, la sagacidad ó la fragilidad humanas.

No pretendemos decir con esto que resolverá más acertadamente la cuestión el que en todas las cosas no ve sino la extraordinaria intervención de Dios, como si éste permitiese al hombre ejercitar durante algún tiempo, y sólo en apariencia, sus fuerzas, derribando repentinamente su obra, como el niño que deja volar el saltén hasta que retira el hilo con que le tiene sujeto.

Todo esto es puro exclusivismo que á nada conduce. No debe la historia ser una seca enumeración de hechos y anécdotas, como tampoco una arbitraria amalgama y un torpe empleo de verdades deducidas de la experiencia, conforme á ideas preconcebidas. Se equivoca quien en el curso de los acontecimientos ve una burla continua de los

esfuerzos humanos, pero se equivoca también el que considera la libertad personal como facultad creadora é independiente. El mundo no es un altar de sacrificio, en que sea inmolado el hombre por Dios para salvar sus designios tan pronto como aquél se atreva á dar un paso; pero tampoco es un reino sublevado, que se haya hecho de tal modo independiente, que nada tenga ya que disponer el rey legítimo.

Ninguna de esas afirmaciones es verdadera. El hombre propone y Dios dispone; así dice el Espíritu Santo,⁽¹⁾ así la antigua sabiduría del proverbio popular, así también la verdadera filosofía de la historia. Sin perjudicar nada á la libertad humana, es Dios quien todo lo dirige á la realización de sus fines. Por eso no es necesario que, para ver á salvo el honor de Dios, cause alguno perjuicio al del hombre, ó violento los acontecimientos. Al contrario, se advierte siempre que el más imparcial en reconocer las grandes acciones del hombre y rendir testimonio á la verdad, cualquiera que sea, es quien tiene fe más viva en la omnipotencia divina; y que á su vez nadie se halla tan dispuesto á ver un poder supremo en el gobierno de nuestros destinos, como quien tiene profundos conocimientos del mundo y de la historia.

2. La salvación del hombre sólo es posible mediante su cooperación con los designios de Dios concernientes á aquélla.—Todo esto es irrefutable aun mediante el pecado. Lejos de arruinar el reino de Dios, ó de obligarle á cambiar sus designios, debe precisamente contribuir á asegurar de un modo más glorioso la realización de sus proyectos, en los que entró ya desde la eternidad. Por el mal nada pierde Dios de su influencia y de su poder; y en lo concerniente á nosotros, habiendo decretado desde la eternidad en su bondad y sabiduría la Redención, existió un medio por el cual las amargas consecuencias de nuestra rebelión contra la majestad divina son suprimidas y pueden ser convertidas en fuente de salvación.

(1) Prov., XIV, 12; XVI, 2, 25; XX, 24; XXI, 1, 2.

Así, pues, la perfidia de la humanidad, no sólo nada quitó á la Providencia de Dios que gobierna el mundo, sino que más bien le procuró nueva gloria.

Pero el misterio de la reparación, en el que se manifiesta del modo más espléndido la plenitud de la misericordia divina, resucitó, ó, por lo menos, fué revelado mediante el inicuo atiquilamiento del orden divino y de la felicidad humana.

Por consiguiente, Dios nada perdió por el pecado; más bien, si es lícita la expresión, le sirvió de nueva glorificación por parte de sus criaturas. El hombre perdió sin duda muchísimo en justo castigo, pero á lo menos conservó el ser todavía dueño de sus destinos, como antes de la culpa.

Según esto, no puede bastar que Dios, por su parte, lo haya ordenado todo de la mejor manera para mantener sus ideas de salud, sino que el hombre debe también hacer lo posible para aprovechar los medios de salvación que se le ofrecen, para salir de la corrupción en que cayó. Dios hizo bastante, y más que bastante para sacar al género humano del abismo, pero lo menos que puede hacer éste, por su parte, es cogerse á la tabla de salvación que le presentan. Así, pues, no podrá levantarse el hombre de su profunda caída, sino á condición de que, libre y espontáneamente, coopere á las disposiciones divinas relativas á la salvación. Las gracias de Dios y los méritos del Redentor á nadie aprovecharán, á menos que se participe de ellos, y esto sólo sucederá á condición de apropiárselos; como no sanará el enfermo, por más que el médico prepare remedios enérgicos, si aquel se niega á tomarlos. Verdad es que la mera aceptación del medicamento no devuelve la salud; ésta se recobra por la eficacia del remedio mismo, cuya virtud no producirá resultado, si el paciente no se determina á dejarse curar.

3. El orgullo es la causa de la caída y estorba la salvación.—En eso precisamente está la dificultad. Nos encontramos en presencia de un enfermo extraño, que po-

ne á dura prueba la habilidad y la paciencia del celestial médico. Hay enfermos que molestan á todos con sus quejas; no pueden dormir, ni les gusta ningún alimento; en todo el cuerpo sienten los efectos de su dolencia. Pero infeliz de quien les indique la causa de su enfermedad é intente persuadirlos de que recobrarían la salud tan pronto como hiciesen desaparecer aquella causa.

La humanidad es un enfermo de esta especie. Desde hace mucho tiempo, la tierra escucha sus incesantes lamentaciones; esparce sus gemidos por los vientos, los lanza hasta las estrellas, y frecuentemente á la luna, de la que dijo Pope con finísima sátira que en ella se conserva lo que en la tierra para nada sirve ya: ingenios superficiales, tan distinguidos como inútiles; almas heroicas descontentas, lágrimas de herederos, suspiros de enamorados, promesas de cortesanos, juramentos de políticos, propósitos formados en el lecho de muerte. Mas si alguien se aventura á tomar el pulso á aquel enfermo y llamar su atención sobre la causa de su mal, le verá en seguida impacientarse y romperá en lamentaciones sin fin. Basta solamente tratar la cuestión del pecado original, para que inmediatamente afirme que, en su sentir, jamás hubo cosa tan sana y tan perfecta como el hombre.

Si fuere todavía necesaria una prueba de que la humanidad está enferma, bastaría para demostrarlo ese lenguaje que precisamente nos indica el punto donde verdaderamente reside el mal.

Si hallamos un niño que no puede desempeñar su tarea, y que absolutamente no quiere que se le ayude; si vemos un mendigo, cuya miseria se revela en los numerosos agujeros de su traje, pero que arroja desdeñosamente la limosna que le damos, y reclama como derecho una subvención; si oímos gemir toda la noche en su lecho á un enfermo, que por su propia culpa sufre aquella dolencia, pero que responde con palabras desagradables y hasta ofensivas cuando le preguntamos si necesita algo; entonces no dudamos de cuál es la enfermedad de su alma;

únicamente el orgullo les impide confesar su propia miseria.

Lo mismo sucede con la humanidad. Cayó por orgullo, y por orgullo niega su caída; el orgullo es la causa de su enfermedad y el impedimento de su curación.

4. El orgullo principio del pecado, porque la mayor parte de los pecados dependen de él.—Por eso dice el Espíritu Santo que el orgullo es el principio de todo pecado: ⁽¹⁾ palabras que la humanidad no perdona á la Revelación, naturalmente, porque no puede negarlas. Esa susceptibilidad es la mejor prueba de que son verdad aquellas palabras.

No diremos que todo pecado sea orgullo; ⁽²⁾ pero sí debemos decir que todo pecado tiene con él alguna relación, ⁽³⁾ ó puede reducirse al orgullo, ó procede de él, ó por lo menos, en él toma fuerzas.

Con profunda sabiduría dijeron los antiguos que la presunción es la raíz de todas las herejías. ⁽⁴⁾ En efecto, jamás fué obstinadamente profesado un error conocido sin que tuviese por madre ó hermana la presunción. ⁽⁵⁾ El orgullo es el espíritu de la herejía. Por diferentes que sean los errores, concuerdan en un punto, en el orgullo del entendimiento, y la mayor parte de las veces también en el orgullo de la voluntad. ⁽⁶⁾ El orgullo es, por regla general, enemigo de la verdad; ningún amigo de ésta es orgulloso. Si alguna vez se juntan el orgullo y la verdad, no se atiene aquél á ésta en cuanto es verdad, sino porque es su propia opinión. ⁽⁷⁾ Pero no permanece mucho tiempo con

(1) Eccli., X, 15. Tob., IV, 14.

(2) S. Agustín, *Natura et gratia*, XXIX, 33.

(3) S. Agustín, *Peccat. mer. et remiss.*, II, 17, 27; *Nat. et grat.*, XXIX, 33; ps., XVIII, 2, 15. Julian. Pomer. (Prosper), *Vita contemplat.*, III, 2. Greg. Mag., *Mor.*, XIV, 64; XXXIII, 4; XXXIV, 48. S. Tomás., 1, 2, q. 84, a. 2; 2, q. 162, a. 7; q. 163, a. 1. Juan Saresber., *Polyer.*, III, 3. Thomasin von Zerklare, 11903-12002.

(4) Sailer, *Weisheit auf der Gasse*, (G. W., 1819, XX, 1, 84).

(5) S. Agustín, *Gen. contra Manich.*, II, 8, 11.

(6) *Ibid.*, *Sermo XLIV*, 8, 18. Bernard., *Cant.*, LXV, 2.

(7) *Ibid.*, *Confess.*, XII, 25, 34.

ella; su vestido es demasiado sencillo para él; no le adula ni encuentra nada halagüeño en aceptar lo que todos admiten. Y si tiene que sujetarse á ella, ó conformar con las suyas sus propias opiniones, toma en seguida su determinación. Por eso el orgullo no puede creer. La doctrina sencilla de Aquel que tan profundamente se humilló, repugna á toda su naturaleza. ⁽¹⁾

Y como á la verdad, así trata á todo lo que tenga afinidad con ella, á saber, la rectitud en el razonamiento, la sencillez en la palabra, la templanza, la pobreza, la abnegación. «En los ojos velados por la presunción no puede penetrar la luz»; ⁽²⁾ y cuando obstruye el corazón, nada bueno penetra en él; solamente el mal encuentra sitio y justificación.

No es orgullo apetecer banquetes suntuosos, pero con frecuencia va esto unido con el orgullo. Si exhortásemos á uno de esos aficionados á tener una vida más sobria, tal vez se indignaría de que le tuviéramos por esclavo de su estómago, y procuraría escudar su amor á la buena mesa con la supuesta necesidad de sacar á salvo el decoro de su estado ó de hacer ver lo cuantioso de su fortuna. No menos fácil es descubrir los hilos ya sutiles, ya toscos, con que la prodigalidad y el lujo, el disimulo, la astucia, la intriga, la impaciencia, la dureza en los juicios, la calumnia, la falta de caridad, la terquedad, la rebeldía contra toda enseñanza y muchos otros defectos, están ligados estrechamente con el orgullo.

5. Porque es la fuente de aquéllos.—Pero más numerosos aún son los defectos que tienen en él su origen como venenosa planta de una mal raíz. La soberbia curiosidad del espíritu, la conducta licenciosa, el lenguaje libre, el afán de singularizarse, la jactancia, la ambición, la temeridad, la dureza, pertinacia y frialdad del corazón, la indiferencia por el mal ó el bien ajenos, la manía de discutir, la discordia, la intolerancia, la vanagloria, el apego

(1) S. Agust., *Sermo CXV*, 2; CLX, 3; *Civ. Dei*, IX, 29, 2.

(2) Kœrte, *Sprichwörter der Deutschen* (2), 1192.

á las distinciones; son cosas que nadie dejará de considerar como frutos del orgullo.

Y aun otros hechos, que no son precisamente pecados, ni muestran tan claramente su origen, proceden también de la misma fuente. Momentos hay en que la violencia ó la vanidad de las personas que tratamos, la insustancialidad de las relaciones sociales, de tal modo nos repugnan, que deseáramos estar muy lejos de esta sociedad en que vivimos. Entonces comenzamos á darnos cuenta de cómo el orgullo envenenó nuestra vida. A la verdad, muchas de aquellas prácticas no son otra cosa que la expresión natural del orgullo, toda vez que éste es la tendencia á parecer lo que no somos; ⁽¹⁾ por esta razón son sus caracteres distintivos, el fingimiento, la vanidad y la manía de lograr estimación sin tener valor positivo. Si el orgulloso no se sintiera tan vacío interiormente, no haría tantos esfuerzos para ostentar un crédito y una autoridad que no tiene; ⁽²⁾ pero es una tendencia malsana, y por esta razón, cuanto de él procede es tan poco natural, tan afectado y tan falso; ⁽³⁾ por él se explican muchos usos y formalidades que hemos creído deber introducir, ostensiblemente para testimoniar cortesía á los demás, pero en realidad, con objeto de hacernos valer á sus ojos y de que formen ventajoso concepto de nosotros; así se comprende que á menudo nos satisfagan tan poco y nos hagan hasta avergonzarnos de nosotros mismos.

Es, por lo tanto, una profunda verdad psicológica, el que los hombres inspirados en el espíritu de Dios reconozcan en todo mal un efecto del orgullo. No por esto resultan igualmente graves y abominables todos los pecados; pero que uno sea grave, otro leve, la razón de la falta está siempre en el alejamiento de la inteligencia relativamente á Dios, alejamiento que es completo en el pecado mortal, é incompleto, por fortuna, en el venial. ⁽⁴⁾ Pero separarse de Dios y

(1) S. Agustín, *Gen. contra Manich.*, II, 5, 6.

(2) *Ibid.*, Ps., XCV, 9.

(3) *Ibid.*, Ps., CXXI, 8; CXXXIX, 13.

(4) S. Tomás, 2, d. 42, q. 1, a. 3 ad 5; 3, q. 88, a. 1.

fijarse, por decirlo así, en sí mismo, es orgullo; ⁽¹⁾ por consiguiente, éste abre la vía á todo pecado, aparta de Dios el corazón, ó en tal manera le divide, que sólo en parte y débilmente se da á Dios, su último fin, y le hace capaz de todo pecado, aunque en realidad no los cometa.

Por esto alguien dijo en otro tiempo, con profundo sentido, de la soberbia, en una descripción seria con apariencias de broma, que, por consideración á la verdad, nos permitimos corregir un poco: «Cuando está el orgullo en su trono, nombra su canciller á la arrogancia, consejero de Estado al crimen, camareros á la pusilanimidad y al desaliento, jueces á la ira y á la acritud de carácter, bufones á la volubilidad y á la irreflexión, y al tedio su compañero y su lector. En cuanto á la mansedumbre, la generosidad y la franqueza, tuvieron que abandonar la corte».

Con mejor doctrina discurre uno de los más profundos concedores del alma humana, Gregorio Magno, cuando escribe: «Se conoce pronto á quien está henchido de orgullo, en su tono de voz poco modesto, en su áspero silencio, en su inmoderada alegría, en su tristeza furiosa, en la violencia de sus afecciones, en su andar altanero, en sus respuestas rencorosas. Un hombre así es capaz de hacer toda clase de ofensas, incapaz de tolerar ninguna, perezoso en obedecer, lleno de vehemencia cuando se trata de hacer mal á otros, lento en realizar lo que puede y debe hacer, siempre dispuesto á lo que no debe. Nadie puede persuadirle de que haga más que aquello á que su propia voluntad le inclina; pero procura que se le obligue á hacer lo que él mismo desea, pues cuando teme ser censurado por sus deseos, admite ser exteriormente obligado á realizar aquello mismo que apetece su voluntad». ⁽²⁾

6. Y porque de él toman toda su fuerza.—El orgullo se insinúa de tal modo también en los pecados que ninguna relación tienen con él, que precisamente en él adquieren toda su fuerza de seducción. Nadie diga, por lo

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 84, a. 2; 2, q. 162, a. 7.

(2) Greg. Mag., *Moral.*, 34, 52.